

CAPITULO VIII.

El huracan del desierto.

En las llanuras donde hace millares de años se extendían las olas del mar Caspio hácia el Norte, y que en la actualidad sirven á los numerosos ganados de los kirguizios para pacer, se ha acumulado por la fuerza de los huracanes y con el trascurso del tiempo, en diferentes lugares del extenso páramo, la arena que formaba ántes el fondo del mar, á una altura tal, que nada es capaz de cubrir á estos arenales con vegetacion; de manera que se alternan estas acumulaciones de arena con las praderas del páramo.

Maravilloso es el cuadro que presentan estos desiertos.

No la monotonía que oprime el corazón, ni la grandiosa y atemorizadora soledad es la que los caracteriza; pero sí un fenómeno que hace en el viajero solitario la impresion de una obra de hechicería.

Sentado éste en el lomo de su caballo ó camello, despues de haber encontrado durante algunas horas el camino en estas llanuras, se ve rodeado repentinamente por millones de lomas de arena sumamente fina, formadas por los huracanes. Sorprendido mira á su alrededor. Hasta donde alcanza su vista, nada.....nada.....sino colinas en forma de olas.

¿Es esto un encanto?.....¿ha mandado allí una fuerza sobrenatural, por medio de una palabra mágica, un mar inmenso, en el momento de su mayor agitacion, convertirse sus olas verdes y transparentes en piedras amarillas?

Sí, sí, parece una mar petrificada por encanto. Sus olas, antes espumosas, se han hecho sólidas, y sobre ellas nos lleva el *buque del desierto* á pié enjuto.

¡Que nos preserve el cielo de que esas olas se vuelvan á mover, mientras que nos hallamos en este mar de arena ¡que no venga el tiempo en que el huracan le azote con furiosos golpes levantándolas, y esparciendo por todos lados la muerte y la destruccion!

Así pensó Humboldt en aquel momento, cuando le

llevó su caballo cansado y estropeado por uno de esos desiertos, sumiendo sus piés á cada paso en la arena.

Humboldt habia hecho la noche anterior, en union de sus compañeros, una excursion á una laguna salada, situada á poca distancia de una estacion de cosacos, en donde habian dejado sus trenes.

Esta laguna ofrecia bastante interes para entretener á los viajeros por algun tiempo. Ella estaba en un páramo desprovisto de vegetacion, teniendo sobre un fondo cenagoso una costra de sal de bastante espesor, y cubiertos los alrededores de una ligera capa salina. Los viajeros analizaron químicamente estas eflorescencias, y encontraron que se componian de las sustancias de sal comun y sulfato de magnesia. En estas ocupaciones habia llegado la noche sin que lo notaran, y aun les faltaba que ver otras lagunas en las inmediaciones. Con el objeto de apresurar sus investigaciones, se encargó Humboldt de buscar una de aquellas, dejando á sus dos compañeros la exploracion de la otra, y como estaba con humor de hacer un paseo solitario, dejó el guia á sus compañeros, con quienes convino en volver á media noche á la estacion de cosacos donde habian dejado sus trenes, para reunirse con ellos.

Caminando así, se sumergia en profundos pensamientos. Entre otras cosas le afligia no haber encontrado al jóven Ivan, y por este motivo no haber podido cumplir con el encargo de la madre de este infortunado. Llevaba consigo una suma considerable en billetes de banco y

otros valores, que le habia dado la condesa para su hijo, antes de su partida de San Petersburgo. Le parecia á Humboldt que desde su encuentro con el capitán de cosacos en la frontera china, habia habido una advertencia secreta en las estaciones de cosacos, pues cuando él llegaba estaban generalmente los deportados de servicio en los *mayask*, ó se les habian dado otras comisiones que les alejaban. Esto habia sucedido tambien en la última estacion.

—¡Pobre madre! se decia Humboldt, y tambien ¡pobre hijo! ¡Cuán cerca habrá estado acaso el socorro para tí, y tambien éste lo ha sabido alejar la crueldad tiránica!

Así pensaba el noble hombre, sin notar que el cielo se habia cubierto, y la luna no salia. Tampoco habia pensado en la hora convenida para volver á la estacion, y aunque despues la recordó, notando además que habia extraviado el camino, ya era demasiado tarde: no era nuevo para él pasar la noche al aire libre; aunque allí no soplaban los suaves aires del Orinoco.

Con su acostumbrada calma descendió del caballo; se abrigó con las pieles que llevaba á la grupa; se acostó, sirviéndose de la silla como almohada, y..... se durmió.

El caballo, acostumbrado á esto, se echó tambien, siguiendo el ejemplo de su amo.

Humboldt no durmió mucho, porque nunca se entregaba al sueño mas de cuatro horas.

Apenas comenzó á salir la aurora, cuando ya habia montado á caballo para buscar el camino de la estacion. Entónces fué cuando creyó hallarse en medio de una mar petrificada entre millones de olas de arena.

Para Humboldt nada era insignificante en la naturaleza, nada sin justificacion nada sin una correspondencia profunda y científica.

Entónces se imaginó ver en aquel inmenso desierto el mar Caspio con sus olas, y allí donde pisaba su caballo con trabajo sobre los arenales, el fondo del mar. Y me dió sobre el problema: si esa parte de la tierra habia sido elevada ó si se habian retirado las aguas.

Y mas anchas se hacian las ráfagas en el horizonte y cuando dirigió sus miradas hácia adelante, observó tambien en aquella soledad una vida en pequeña escala, eran lagartijos que corrian con la velocidad del rayo desapareciendo á cada momento dentro de la arena.

Humboldt observó estos animalitos con interes, aunque la atmósfera se hacia mas y mas sofocante, y su caballo comenzaba á inquietarse. Entónces vió una ráfaga grande de color cobrizo en el horizonte.

—¿Qué es esto? pensó. ¿Indicará acaso un huracan?

Se estremeció!..... porque sabia muy bien lo que significaba un huracan en el páramo. El caballo se inquietó mas y mas, temblando de un modo singular.

Humboldt conoció entonces el peligro, y soltando las riendas dejó correr su caballo á todo escape. Repentinamente divisó Humboldt á una distancia de mil pasos

una pared ambulante de arena, así como la habia acumulado el huracan en el camino. Todos aquellos millones de colinas de arena parecian estar en movimiento, y llegando la pared movediza las arrastró á todas consigo, sepultando bajo su peso caravanas y aldeas enteras.

El caballo de Humboldt corria en direccion á una roca, que se extendia en el páramo. Allí se echó quedando Humboldt en peligro de quebrarse una pierna y solo con mucho trabajo pudo sacar el pié, acostandose en seguida en el suelo, como habia hecho su caballo.

En el mismo momento fueron sepultados debajo de una lluvia de arena mientras la corriente cálida de un aire hacia muy difícil la respiracion.

Pasaron unos minutos angustiosos..... al fin creyó Humboldt poderse levantar; volvió á montar en su caballo y otra vez corrió á todo escape por el páramo. Cuando quiso abrir los ojos, se le llenaron luego de arena caliente, pensando con horror en la ceguera. No veia ni dos pasos para adelante.

Repentinamente relinchó el caballo. tomó una direccion enteramente opuesta, volviéndose hácia la roca.

Entónces.... perdió Humboldt toda esperanza de salvacion.

Sin poder abrir los ojos, se agarró de las crines del caballo, resignado á encontrar su último reposo en una de tantas colinas de arena.

Rugía el huracan..... Azotado en la cara y manos por la arena volante..... sintió Humboldt medio aturrido que habia caido del caballo..... y perdió el conocimiento!.....

Una hora despues se calmó el huracan. La mar de arena volvió á quedar inmóvil..... otra vez se mostraban á la vista atónita millones de colinas sólidas..... mas habian cambiado de lugar..... no eran las de antes..... se habian formado de nuevo.

Lo que dormia debajo de ellas..... el eterno sueño... ¿quién podria saberlo?

Solo la roca habia quedado en su lugar, como estaba hacia miles y miles de años, cuando las olas del mar se quebraban en sus frentes.

Todo estaba en silencio..... solitario..... sin movimiento.....

Mas no!..... allí á lo lejos se mueve algo..... se acerca..... es un ginete..... un kirguizio segun us vestidos.

Y el ginete dirige su caballo hácia la roca. Se detiene, desciende de él, cambia de vestido..... y en pocos momentos se presenta con el uniforme de un cosaco.

Mas á este soldado raso debia haberle pasado alguna cosa agradable, porque por su hermoso semblante de una expresion melancólica pasó una ráfaga de felicidad interior. ¿Era acaso por la alegría de haber escapado

del huracan?..... era otro acontecimiento?..... ¿quién conoce los profundos pliegues del alma humana!

Ivan!..... porque él era!..... acariciaba su caballo, cuando este empezó á relinchar levantando su inteligente cabeza y moviendo las orejas, se alejó al galope.

Ivan lo siguió atónito con la vista, pero el animal no se alejó mucho, pues se paró en un arrenal, cerca de la roca y comenzó á escarbar con los piés la arena. Ivan vió luego que se levantaba otro caballo del suelo.

—¿Qué es esto? se preguntó Ivan. ¿Acaso me ha buscado Nikitas y le sorprendió el huracan?

Mas no..... el caballo no era el de su amigo.

¿Y por qué seguia escarbandando su caballo?

Ivan recogió su lanza del suelo, ocultó los vestidos de kirguizio en la cueva de la roca, y se fué al lugar donde se habia ido su caballo y en el cual estaba todavía. Mas cual fué su sorpresa cuando vió allí tendido en el suelo y medio cubierto de arena, á un anciano de semblante noble y benévolo. Inmediatamente se le acercó, observando con placer que no estaba muerto, sino únicamente privado de conocimiento.

—¡Dios mío! exclamó Ivan. Este anciano ha escapado de la muerte como por milagro. Pronto haremos que vuelva á la vida.

Y sin perder un momento, destapó la botella de campaña que llevaba á su lado, é iba á derramar algunas gotas de aguardiente en los labios del viajero, cuando se detuvo.

—¡Cómo! se dijo; ¿y si este fuese un espía que ha mandado el comandante para ver si estábamos en nuestro puesto? ¿Como se había de perder un individuo extranjero en nuestros desiertos, en un caballo de cosacos..... sin armas y sin comestibles?..... No puede ser de otro modo..... Es seguro que quería sorprendernos y entregarnos á la muerte á latigazos. Y yo había de descubrirme á los que me maltratan de un modo tan diabólico? ¡No, sería un simple!

Y sin más, se levantó, montó en su caballo y se marchó.

Pero no se alejó mucho. Se le figuraba que se le despedazaba el corazón. Sentía algo extraño y penoso en su interior..... algo que le reprochaba su proceder. Y este algo era la voz de la humanidad, que vive en todo noble corazón.

—¿Quieres ser el asesino de aquel hombre porque tus perseguidores y enemigos lo son de tu cuerpo y de tu alma? ¿y la han comprado acaso? le decía una voz interior.

Una lucha terrible se trabó en su pecho, pero no duró mucho. El sentimiento orgulloso de estar elevado sobre sus perseguidores por su inocencia, le decidió. Su conciencia pura, el último bien que le había quedado, no había de robarle su precaución. Al momento se volvió, y poco después estaba de rodillas junto al infortunado viajero. Vertió unas gotas de aguardiente en

su boca, puso su cabeza sobre la rodilla, dándole friegas en las sienes con el mismo líquido.

Pocos minutos después abrió el anciano lentamente los ojos; pero parecía que no podía ver y que le dolían.

—¡Esperad! dijo Ivan que comprendió que los tenía llenos de arena, y tomando otra botella con agua como las que usan los cosacos en los mayask, comenzó á lavar los ojos del que acababa de volver á la vida.

Entonces este se restableció completamente, pero parecía como que se despertaba de un pesado sueño porque miraba atónito todo lo que le rodeaba, mas su sorpresa se aumentó cuando vió el rostro de su salvador.

Ivan le dijo entonces en ruso:

—Buen hombre, ¿acaso creis ver á un espíritu para que me mireis con tanta sorpresa?

Pero en el mismo instante, Humboldt, que había recobrado completamente el conocimiento, prorumpió en un grito de alegría, exclamando:

—Sois Ivan Witkiewicz. Ciertamente, no me engaño; son las facciones que ví en el retrato.

Entonces le tocó á Ivan quedar sorprendido y miró al extranjero con admiración.

—¿No sois Ivan Witkiewicz? repitió Humboldt con pasión en alemán, asiendo las manos del cosaco que le había salvado la vida. Por la vida de vuestra madre respondedme, ¿sois el joven desterrado, conde Ivan Witkiewicz?

—¡Lo soy! contestó Ivan lleno de sorpresa y en el mismo idioma. Pero por amor del cielo, decidme, ¿cómo me conocéis, y quién sois?

Humboldt arrojó una mirada á su alrededor, pues habia viajado bastante en Rusia, para no ignorar que era necesario proceder con mucha cautela; mas la vista de los arenales y de Ivan le inspiró confianza. Pero ¡qué gozo tan grande experimentó su noble corazón, al tener en su presencia al jóven que habia estado buscando en vano hacia tanto tiempo! Intencionalmente se le habia alejado antes de su llegada; no parecia sino que una mano superior habia hecho encontrar á los dos por medio del huracan.

Luego refirió Humboldt á Ivan en breves palabras, de qué modo habia conocido á la condesa, lo que le habia prometido y lo que habia hecho para cumplir su palabra. Despues entregó la suma que por precaucion llevaba siempre consigo al jóven, de cuyos ojos brotaron abundantes lágrimas al acordarse de su madre y de su patria.

Su gratitud hácia Humboldt no conoció límites, el que le imponia por el valor y la intrepidez con que habia emprendido tan grandes y peligrosos viajes, únicamente para enriquecer las ciencias.

Ivan confió en seguida á Humboldt sus mas íntimos pensamientos, manifestando la profundidad de su dolor, no solo por su miseria física, sino por su desesperacion sobre el asesinato espiritual de que era víctima, así como la indignacion de su alma ardiente y de honor

contra la tiranía y el triunfo descarado de una brutalidad bestial, que con ludibrio y mofa habia pisoteado el honor de tantos nobles y jóvenes corazones. Tambien confió Ivan á Humboldt que en el oscuro cielo de su vida habia un punto luminoso, el amor de Annuchka.

Ambos convinieron entonces de que modo debian proceder para conseguir la libertad de Ivan. Humboldt prometió dar noticia de esta entrevista á la condesa, pero con las precauciones necesarias. Al mismo tiempo iba á escribir al gobernador general, Sr. de Veljainoff y directamente al czar. En el caso de que esto no surtiera efecto, hablaria personalmente con el emperador. Ivan por su parte, intentaba acercarse mas en secreto á los kirguizos, para fugarse con ellos, si todos los empeños no fueran suficientes para obtener su libertad, y en este caso pasando por Turan y el Asia Menor, se dirigiria á Europa. Naturalmente no sin la bella Annuchka, á quien profesaba un ardiente y sincero amor, esperando enlazarse pronto con ella tomándola por esposa.

Lo que conmovió profundamente á Humboldt fué la resolucion de Ivan de no admitir su libertad, sin que la obtuviera tambien su amigo Nikitas.

—Hemos sufrido juntos las penas del destierro, exclamó Ivan; queremos saludar tambien la libertad; además Nikitas no sobreviviria ni un dia á mi separacion de él.

Para que no se notara ni lo mas mínimo de una secreta inteligencia entre los dos, convinieron en que Ivan

acompañaría al Sr. de Humboldt hasta muy cerca de la laguna, en donde debían buscarlo seguramente con mucho empeño.

En efecto, después de algun tiempo notó la vista ejercitada de Ivan dos puntos negros en el horizonte.

—Allí os estan buscando, dijo, ahora separémonos.

Y el anciano y el jóven se abrazaron como si fueran padre é hijo; Ivan habia salvado la vida á Humboldt, y este prometió devolver la libertad y la vida al desgraciado deportado.

Otro abrazo..... y los ginetes se separaron uno de otro entre las colinas silenciosas de arena, dirigiéndose uno hácia el Norte, y otro hácia el Oriente.

CAPITULO IX.

El padre político del emperador.

Apenas habrá otra ciudad mas rara en todo el imperio ruso que Orenburgo, antes capital de la Tartaria en el reino de Astracan. El pasado y el presente, la Europa y el Asia, la civilizacion y la barbarie, la cultura y la vida nómade, el cristianismo y el paganismo, la libertad y la esclavitud, la sencillez y el lujo oriental, todo esto se hace valer allí en un extraño conjunto.

Junto á nueve iglesias se levantan dentro de la ciudad cuatro *Medcheds* paganos. Junto á obras de fortificacion construidas por los rusos se ven en los alrededores de Orenburgo, todos los restos de una prominencia que